

NEW LEFT REVIEW 91

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2015

ARTÍCULOS

WANG CHAOHUA	¿La historia de éxito del pcch?	7
FRANCO MORETTI	Lukács y la novela	43

ENTREVISTA

EVGENY MOROZOV	¡Socializar los centros de datos!	47
----------------	-----------------------------------	----

ARTÍCULOS

GOPAL BALAKRISHNAN	Marx, el abolicionista II	71
MAURICIO VELÁSQUEZ	La batalla de Bogotá	106

CRÍTICA

ANDERS STEPHANSON	Caleidoscopios del poder	129
BARRY SCHWABSKY	La pesadilla de Goethe	145
JEFFERY R. WEBER	La aurora rebelde	153

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

EL ABOLICIONISTA II

EN LOS PRIMEROS textos de Marx, la historia de la sociedad civil avanzaba como un proceso de acumulación iniciado con la privatización en comunidades arcaicas cuasi naturales y que debía culminar con la abolición del Estado, la propiedad y la familia¹. La competencia impulsaba una acumulación continua de los resultados del trabajo de generaciones anteriores, posibilitando una «división del trabajo» cada vez más general y acentuada. La primera versión que ofreció Marx del materialismo histórico era una historia de la división del trabajo; pero esta tenía durante aquel periodo un significado que iría perdiendo más adelante: «División del trabajo y propiedad privada son [...] expresiones idénticas»². La evolución de la división del trabajo coincidía así con la historia de la propiedad privada, que a su vez era la historia de la acumulación de capital como depósito de trabajo pasado y ahorrado. Aunque Marx concebía entonces el trabajo y el capital en ese sentido esencialmente smithiano, la dinámica de su relación mutua era para él más dialéctica. El «trabajo», lejos de ser una constante de la relación de la especie humana con la naturaleza, existía únicamente en esa forma escindida que culminaba en la oposición entre trabajo asalariado y capital: «El trabajo es el *devenir para sí* de la *persona* dentro de la *alienación*, o como persona *alienada*»³.

¹ La primera parte de este artículo apareció en *NLR* 90.

² Karl Marx y Friedrich Engels, *Die Deutsche Ideologie* [1845-1847], en Karl Marx y Friedrich Engels, *Werke*, Dietz Verlag, Berlín/RDA (de ahora en adelante, *MEW*), Band 3, 1969, p. 32 [«Übrigens sind Teilung der Arbeit und Privateigentum identische Ausdrücke»]; *The German Ideology*, en *Collected Works*, 50 vols. (de ahora en adelante *MECW*), Nueva York, Progress Publishers (Moscú), Lawrence and Wishart (Londres) e International Publishers (Nueva York), 1975-2005, vol. 5, p. 46 [ed. cast.: *La ideología alemana*, Madrid, Akal, 2014].

³ K. Marx, *Ökonomisch-philosophische Manuskripte aus dem Jahre 1844*, *MEW*, cit., Band 40, 1968, p. 574 [«Die Arbeit ist das Fürsichwerden des Menschen innerhalb der Entäußerung oder als entäußerter Mensch»]; *Economic and Philosophic Manuscripts*, *MECW*, cit., vol. 3, p. 333 [ed. cast.: *Manuscritos de París. Anuarios francoalemanes*, 1844, OME 5, Barcelona, Editorial Crítica, 1978].

La historia de la propiedad privada era así la historia del trabajo alienado, del trabajo vivo que sometía la naturaleza a sus propósitos, pero que a su vez se veía cada vez más sometido al poder de su opuesto, el trabajo pasado, esto es, el capital. La historia del capital, así concebida, era la historia de la formación de nuevas necesidades, nuevas fuerzas productivas y una división del trabajo que se iba ampliando, llegando a abarcar el mundo entero. Aquella versión de Marx, esencialmente una reelaboración de las concepciones anglo-escocesas vigentes durante el siglo XVIII de la historia de la sociedad civil, extendía el relato de Ferguson y Smith hasta la etapa presente del mercado mundial, con el teatro europeo de la lucha de clases como centro.

En el campo más amplio de la ideología burguesa, cabía distinguir una tendencia alemana algo dispar de la anglo-francesa. La escuela hegeliana profesaba la primacía de los ideales de un pueblo, concentrados en la superestructura espiritual de su constitución, su religión, su arte y su filosofía, sobre el cimiento de su existencia puramente material. Marx argumentaba que en las efusiones literarias de la Alemania idealista se hacía aparecer la historia real como una pantomima de la separación, lucha y reconciliación de categorías filosóficas. Pese a todos sus momentos de crítica real, esa alegoría de la historia oscurecía en último término el orden real de determinación entre lo ideal y lo material. Como he mencionado antes, Marx investigó el pensamiento social prehegeliano anglo-escocés y francés para elaborar su propia concepción materialista de la historia, pero es difícil especificar el aspecto crítico de su relación con esa formación intelectual más antigua, ya que durante ese periodo las premisas de esta última eran a menudo sus propios puntos de partida.

A diferencia del suyo propio, consideraba mecánico el materialismo de la Ilustración. Su crítica de este era muy rigurosa: la individualidad atomista que le servía como fundamentación del mundo constituía en opinión de Marx el punto de vista alienado de su propia relación meramente contemplativa, y por lo tanto impotente, con ese mundo, concebido por fuerza como un orden con leyes inviolables. Se debe recordar, empero, que desde los años de su tesis doctoral era receptivo hacia las corrientes más discordantes del atomismo, y en particular hacia la idea de que la competencia desenfrenada entre los individuos, que Kant había llamado «sociabilidad asocial», era la fuerza impulsora de la historia del nacimiento del mundo moderno del comercio y de las constituciones. Bajo las sosegadas leyes de la economía política subyacía una pauta de

contienda atomística que ponía en cuestión su noción de equilibrio. Marx llegó así a concluir que el individuo egoísta de las concepciones típicas del siglo XVIII no era un dato natural, sino más bien el producto de la fusión de modos tradicionales de autoridad y subsistencia, y que tendría que dar paso finalmente a un nuevo tipo de individuos sociales. La sociedad civil era el sustrato de toda esa historia y la sociedad civil moderna era únicamente su última fase, una era secular en la que los elementos cada vez más antitéticos del orden total de la vida se presentaban y contendían en una esfera de agentes políticos: la transformación de la sustancia en sujeto autoconsciente, para decirlo con los términos hegelianos que quedarían borrados por su inversión materialista.

Marx ofreció una deslumbrante reformulación de la saga evolutiva escocesa de la historia de los modos de vida desde el estado salvaje hasta la civilización en el presente. Había que explicar no solo la llamada transición del feudalismo a la civilización comercial moderna: para poder argumentar la necesidad del comunismo moderno había que hacer inteligible la historia de la vida material desde los orígenes de la división del trabajo. Las primeras diferenciaciones entre las hordas comunitarias dieron lugar al establecimiento del hogar patriarcal, cimiento sobre el que se desarrollaron todas las demás formas de servidumbre. Para el Marx de aquella época, como para los socialistas utópicos, la familia era el fundamento de la división del trabajo y de la acumulación transgeneracional de capital mediante la herencia, y por eso «va de suyo que la superación de la economía individual es inseparable de la superación de la familia»⁴. Subyacente al paso de los clanes arcaicos a las antiguas ciudades-Estado y del feudalismo a la sociedad burguesa moderna, había un proceso coercitivo de desarrollo que llevaba a la humanidad a una época terrible de guerras civiles.

El surgimiento del «capital móvil»

En los primeros textos económicos de Marx, el «capital» significaba, de acuerdo con los postulados de *La riqueza de las naciones*, el *stock* heredado de instrumentos, materiales y provisiones creado por el trabajo pasado. La concepción smithiana del capital llevaba lógicamente a una exposición de la llamada acumulación primitiva (originaria) que Marx reproducía esencialmente. La evolución de la sociedad civil europea era la historia

⁴ K. Marx y F. Engels, *Die Deutsche Ideologie* [1845-1847], cit., p. 29, nota 8 [«Daß die Aufhebung der getrennten Wirtschaft von der Aufhebung der Familie nicht zu trennen ist, versteht sich von selbst»]; *The German Ideology*, cit., p. 76.

del surgimiento de un «capital móvil» comercialmente alienable a partir del «capital natural» inalienable de la tierra y las condiciones de producción de propiedad comunal. La acumulación original de «capital móvil» comenzó con la secesión política de las ciudades de las jurisdicciones del derecho feudal, en las que se fue gestando una estructura de clases basada en el sistema gremial en cuyo seno la oposición entre trabajo mental y manual sentó las bases para la división posterior entre capital y trabajo. El creciente conflicto entre las ciudades libres y las zonas rurales feudales propició la erosión de la servidumbre al huir los campesinos a las ciudades, constituyendo un protoproletariado. Esa población cada vez mayor de refugiados desarraigados y su progenie sostenía la acumulación de fortunas monetarias a partir del viejo sistema basado en los gremios, profundizándose las diferencias de clase entre maestros y peones. Con la invención de las letras de cambio y otros instrumentos de crédito cada vez más sofisticados, esa acumulación de riqueza quedó liberada de los viejos límites del consumo y el almacenamiento de existencias, lo que permitió el desarrollo de relaciones comerciales continuas entre las ciudades y el comercio de lujo a larga distancia con Asia, que a su vez consolidaron una extensa división del trabajo interregional. El capital reunido a partir del comercio a larga distancia sometió y en parte destruyó el sistema gremial, creando las condiciones para el desarrollo de la manufactura.

La promoción de sectores manufactureros por los primeros Estados modernos, cuando estos trataban de acumular excedentes, llevó a guerras mercantilistas y conquistas coloniales. El estímulo del aflujo consiguiente de oro y plata profundizó y amplió el mercado interno. La demanda resultante del surgimiento de nuevas necesidades y del aumento de la población superó la oferta, llevando a una revolución industrial, por decirlo así, que «obligaba a todos los individuos a emplear la mayor energía posible»⁵. Inglaterra, pionera en la producción fabril, prevaleció en aquellas guerras mercantilistas que dieron lugar a la formación de un mercado mundial de libre comercio basado en el monopolio inglés, que a su vez fomentó el sistema fabril en Inglaterra y la disolución de las relaciones sociales en el continente, aunque no se dieran en él desarrollos económicos comparables.

El ascenso de la sociedad civil o burguesa europea moderna, tal como la veía Marx, significó la subordinación del campo a los centros comerciales urbanos que se habían expandido en los intersticios del feudalismo hasta hacerlo

⁵ *Ibid.*, p. 60 [«Sie zwang durch die universelle Konkurrenz alle Individuen zur äußersten Anspannung ihrer Energie»]; *ibid.*, p. 73.

reventar. En su teoría económica posterior demostró que el surgimiento de una lógica socioeconómica, radicalmente distinta de aquella de la que había nacido, se había gestado necesariamente en el campo como resultado de luchas que destruyeron los medios extraeconómicos de apropiación del excedente al tiempo que separaban a los productores campesinos de sus medios tradicionales de subsistencia, poniendo en movimiento una «acumulación primitiva» de capital al imponer la dependencia de los intercambios tanto a los grandes terratenientes como a sus arrendatarios. Las distintas concepciones marxianas del capital, la más temprana y la más madura, contenían ideas radicalmente diferentes sobre esa acumulación originaria. Así como no trató de articular un sistema alternativo de economía política, sino más bien de exponer sus contradicciones y consecuencias finales, reconocía que su concepción de la historia basada en la lucha de clases no era sino un desarrollo del relato del ascenso de la burguesía ofrecido por la escuela más avanzada de la historiografía liberal. Como veremos, hasta después de la derrota de las revoluciones de 1848 no comenzó Marx a distinguir entre la génesis de las relaciones sociales capitalistas a partir del feudalismo en Inglaterra y la mercantilización paralela del antiguo régimen inducida por la consolidación de un Estado recaudador de impuestos. Refiriéndose a Augustin Thierry, «*le père* de la “lucha de clases” en la historiografía francesa», observaba que «aunque no generaliza, presenta con mucha precisión cómo desde un principio, o al menos desde el ascenso de las ciudades, la burguesía francesa obtuvo una influencia desmedida constituyendo para sí un Parlamento, una burocracia, etcétera y no, como en Inglaterra, mediante el comercio y la *industria* únicamente»⁶. Una llamativa deficiencia de la presentación por Adam Smith del surgimiento de la sociedad civil moderna a partir de la comercialización del feudalismo era su incapacidad para explicar esa divergencia, algo que solo se podía hacer con otra concepción del capital y su acumulación.

Círculos lógico-históricos

Robert Brenner explica la lógica subyacente bajo la presentación de Marx de la transición a la sociedad moderna en los borradores que iban a constituir *La ideología alemana* como sigue: «La imagen básica de su

⁶ K. Marx, carta a Engels, 27 de julio de 1854, *MEW*, cit., Band 28, 1963, pp. 381-382 [«(...) le père des “Klassenkampfes” in der französischen Geschichtschreibung [...] Hübsch dargestellt, wenn auch nicht zusammengefaßt: 1. Wie von vornherein, wenigstens seit Heraufgekommensein der Städte, die französische Bourgeoisie zu sehr dadurch Einfluß gewinnt, daß sie sich als Parlament, Bureaokratie etc. konstituiert, und nicht wie in England durch bloßen commerce und industrie»]; *MECW*, cit., vol. 39, pp. 473-474.

teoría de la transición del feudalismo al capitalismo abarca la maduración de la sociedad burguesa en desarrollo, alimentada por un comercio mundial en constante crecimiento, en el seno de la vieja sociedad feudal». Argumenta que el problema con la anterior versión «smithiana» de Marx es que postulaba una dinámica espontánea de la extensión de las relaciones de intercambio a fin de explicar el surgimiento de una forma de sociedad impulsada por esa misma lógica comercial. El desarrollo transhistórico de la sociedad burguesa –equiparado aquí a los presupuestos materiales subyacentes de todas las sociedades existentes hasta entonces– era así utilizado tautológicamente para explicar el surgimiento de la sociedad burguesa *moderna*. Brenner ofrece un sucinto resumen del orden de determinación que subyace bajo esa concepción de la historia de la sociedad civil: «Desarrollo de las fuerzas productivas → desarrollo de la división del trabajo → división entre trabajo mental y manual → naturaleza de clase y relaciones de propiedad (distribución de materiales, instrumentos y productos del trabajo)»⁷.

Pero ¿cuál era la dinámica subyacente al desarrollo acumulativo de las fuerzas productivas, para empezar? La economía política clásica podía basarse en una vaga concepción de una propensión general a competir, cooperar y acumular que, a menos que fuera contrarrestada por impedimentos extraeconómicos o invertida por una invasión bárbara, haría retroceder durante un tiempo venidero indefinido las barreras naturales que contenían el aumento de la población. Los primeros textos económicos de Marx no se apartaban fundamentalmente de esa idea de un proceso natural-histórico acumulativo, excepto para plantear su dramática aceleración y expansión hacia el exterior durante la era moderna, pero sin explicar la quiebra estructural que permitió ese despegue. La indeterminación eliminada en una forma volvía en otra, como cuestiones sobre la naturaleza e historia del capital menos abordables mediante el método crítico que Marx practicaba durante este periodo. Las soluciones posteriores contendrían en cambio una ruptura más radical con las premisas de esas historias anteriores de la sociedad civil, y no solo con sus mistificadas sublimaciones hegelianas.

El problema era que la identificación de la sociedad civil o burguesa con una dinámica natural-histórica que se desplegaba a lo largo de todas las fases de la historia dificultaba especificar los modos cualitativamente

⁷ Robert Brenner, «Bourgeois Revolution and Transition to Capitalism», en A. L. Beier et al. (eds.), *The First Modern Society: Essays in English History in Honour of Lawrence Stone*, Cambridge, 1989, pp. 271-304.

diferentes de vida material que se suponía que determinaban las formas de comunidad y conciencia política características de cualquiera de esas épocas. En consecuencia, la especificidad de cada una de ellas tendía a explicarse no en términos de distintos conjuntos de relaciones sociales de propiedad, sino más bien por sus *métodos de producción* característicos, entendiendo como resultado de una evolución acumulativa la escala de la subyugación y transformación de la naturaleza que estos permitían.

La historia universal de la sociedad civil expuesta por Marx seguía una pauta más perfilada tras el surgimiento de la civilización comercial moderna a partir de la crisis del feudalismo europeo, aunque es revelador que hasta 1848 no utilizara nunca el término *feudal* para designar una forma económica históricamente específica, dado que, en su presentación del curso progresivo de la civilización, la llamada Edad Media ocupaba una posición inevitablemente indeterminada como proverbial época oscura [*saeculum obscurum*] execrada desde el Renacimiento. A diferencia de Hegel, Marx no sentía todavía necesidad durante este periodo de incorporar en su esquema la historia de Oriente, aunque ya había comenzado a sentir cierto interés por las sociedades tribales que acabaría caracterizando como comunismo primitivo. Otras épocas de la historia conocida se adecuaban o no en distinto grado a esa saga eurocéntrica. La temprana transición de la sociedad de clanes a las antiguas ciudades y la subsunción de estas en el imperio romano-mediterráneo en expansión podían explicarse razonablemente en términos de los mecanismos de su historia general de la división del trabajo: el aumento de la población y la comercialización fomentaban guerras de esclavización, polarización sin límites de las fortunas y finalmente el desarraigo general de todo el mundo mediterráneo. La distinción entre esa antigua épica de desposesión, guerra civil y cesarismo, y otra moderna que llevaba a la esclavitud asalariada y sus consecuencias contemporáneas no quedaba todavía claramente perfilada.

Hay que recordar que Marx no pretendía ofrecer un análisis universal de la historia humana que resolviera todas esas objeciones y matizaciones. La intención de su esbozo de materialismo histórico solo se puede entender en el contexto polémico de la inversión del idealismo histórico. La crítica de este último pretendía demostrar la necesidad del ascenso del movimiento obrero y la actualidad del comunismo, dadas las premisas de la economía política moderna y la historiografía anglo-francesa más avanzadas de la sociedad civil. Pero precisamente en ese contexto político se vio obligado a reflexionar sobre un enigma histórico que parecía otorgar credibilidad

a los postulados opuestos de la escuela hegeliana: la continuidad de la religión cristiana atravesando vastas transformaciones en los modos o fases de la vida material, desde la Palestina romana hasta la Europa de mediados del siglo XIX. Marx había tratado anteriormente de apartarse de la interpretación de Bruno Bauer del presente como crepúsculo de ese vínculo espiritual milenario, pero el problema planteado por la persistencia de las comunidades religiosas a lo largo de distintos mundos históricos no se podía despachar tan fácilmente. Durante el periodo analizado aquí, el principal postulado materialista era que la religión –junto con todas las demás formas de conciencia mistificada– carecía simplemente de lógica interna de desarrollo: en ese sentido Marx llegó a afirmar que la ideología no tenía historia (aunque ciertamente no parecía pensar que esto fuera cierto referido a la ciencia ni tampoco a las artes). Mantenía que:

La cristiandad se vio precedida por el colapso total de las antiguas «condiciones mundiales» de las que era una mera expresión; aquellas «condiciones mundiales totalmente nuevas» no surgieron internamente mediante la cristiandad, sino cuando hunos y germanos cayeron «desde el exterior» sobre el cadáver del Imperio romano; y tras la invasión germánica las «condiciones del nuevo mundo» no se adaptaron a la cristiandad, sino que la propia cristiandad cambió con cada nueva fase de esas condiciones mundiales⁸.

La premisa subyacente, como para todos los jóvenes hegelianos, de la primera versión de Marx del materialismo histórico, era que la historia se movía hacia una manifestación final de su fundamento hasta entonces oculto, o dicho de otro modo, la evolución de la división del trabajo o de la lucha de clases. «Los seres humanos se ven al fin obligados a afrontar sobriamente sus condiciones de vida reales»⁹. Marx observaba desdeñosamente que los alemanes bien educados eran especialmente proclives a resistir a ese desencanto del mundo con formas sucedáneas

⁸ K. Marx y F. Engels, reseña de «Fr. Daumer, *Die Religion des Neuen Weltalters. Versuch einer Combinatorisch-Aphoristischen Grundlegung*» [*Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, 2º Heft, febrero de 1850], *MEW*, cit., Band 7, 1973, p. 201 [«(...) dem Christentum das vollständige Zusammenbrechen der antiken "Weltzustände" vorherging, dessen bloßer Ausdruck das Christentum war; daß "ganz neue Weltzustände" nicht durch das Christentum von innen heraus entstanden, sondern erst dann, als die Hunnen und Germanen "äußerlich" über die Leiche des römischen Reichs herfielen; daß nach der germanischen Invasion nicht die "neuen Weltzustände" sich nach dem Christentum richteten, sondern das Christentum mit jeder neuen Phase dieser Weltzustände sich ebenfalls veränderte»]; *MECW*, cit., vol. 10, p. 244.

⁹ K. Marx y F. Engels, *Manifest der Kommunistischen Partei* [1848], en *MEW*, cit., Band 4, 1959, p. 465 [«die Menschen sind endlich gezwungen, ihre Lebensstellung, ihre gegenseitigen Beziehungen mit nüchternen Augen anzusehen»]; *The Communist Manifesto*, *MECW*, cit., vol. 6, p. 487 [ed. cast.: *Manifiesto del Partido Comunista. Nueva Gaceta Renana* (1), 1847-junio 1848, OME-9, Barcelona, Crítica, 1978].

[ersatz] de espiritualidad: «La diferencia entre la conmoción presente y todas las anteriores reside en el hecho de que se ha encontrado por fin el secreto de ese proceso de conmoción histórica y por ello, en lugar de enaltecer de nuevo ese proceso práctico, “externo”, en la exaltada forma de una nueva religión, se rechazan todas las religiones»¹⁰. En su fase final, la sociedad burguesa reduciría todas las formas mistificadas de conciencia al nexo desnudo del dinero, antes de liberarse también de esa cadena. La diferencia entre el Marx de la década 1842-1852 y el Marx de *El capital* se muestra en un sombrío pasaje de sus cuadernos sobre economía política, en el que describe un orden social en el que esa dinámica autodesmistificadora está totalmente ausente, y cuyas formas de ingreso aparecen consolidadas como características de clase cristalizadas e inertes, en medio de una religión de la vida cotidiana:

Así los participantes en la producción capitalista viven en un mundo encantado y sus propias relaciones les parecen propiedades de las cosas, propiedades de los elementos materiales de la producción. Es, sin embargo, en las formas últimas y más derivadas –formas en las que la fase intermedia no solo se ha invisibilizado, sino que se ha convertido en su opuesto– donde los varios aspectos del capital aparecen como agentes reales y representantes directos de la producción. El capital portador de interés se personifica en el capitalista adinerado, el capital industrial en el capitalista industrial, el capital portador de renta en el terrateniente como propietario de la tierra y, por último, el trabajo en el trabajador asalariado¹¹.

Hacia 1848

La historia de la sociedad civil se desarrollaba siguiendo una ley de acumulación iniciada con la diferenciación en las comunidades naturales y

¹⁰ K. Marx y F. Engels, recensión de Fr. Daumer, *Die Religion des Neuen Weltalters*, cit., p. 201 [«Der Unterschied der gegenwärtigen Umwälzung von allen früheren besteht aber gerade darin, daß man endlich hinter das Geheimnis dieses historischen Umwälzungsprozesses gekommen ist und daher, statt sich diesen praktischen, “äußerlichen” Prozeß unter der überschwenglichen Form einer neuen Religion abermals zu verhimmeln, alle Religion abstreift»]; *MECW*, cit., vol. 10, p. 244.

¹¹ K. Marx, *Theorien über den Mehrwert* [1861-1866], Band 3, *MEW*, cit., Band 26/3, 1968, pp. 503-504 [«So leben die Agenten der kapitalistischen Produktion in einer verzauberten Welt, und ihre eignen Beziehungen erscheinen ihnen als Eigenschaften der Dinge, der stofflichen Elemente der Produktion. Es ist aber in den letzten, vermitteltesten Formen –in Formen, worin zugleich die Vermittlung nicht nur unsichtbar geworden, sondern ihr direktes Gegenteil ausgesprochen ist–, daß die Gestalten des Kapitals als wirkliche Agentien und unmittelbare Träger der Produktion erscheinen. Das zinstragende Kapital personifiziert im moneyed capitalist, das industrielle im industrial capitalist, das rentetragende Kapital im Landlord als Eigentümer der Erde, endlich die Arbeit im Lohnarbeiter»]; *Theories of Surplus Value* Moscú, 1971, vol. 3, p. 514 [ed. cast.: *Teorías sobre la plusvalía*, 3 vols., México DF, FCE, 1980].

que culminaba en el comunismo, o en una caída concebida más vagamente en la barbarie. Antes de considerar las nuevas elaboraciones políticas de esta concepción al aproximarse la revolución de 1848, y luego su quiebra tras la derrota, deberíamos hacer una pausa para considerar la implacable lógica subyacente mediante la que se esperaba que se manifestara ese proceso secular en la esfera de la política.

La separación y alejamiento entre Estado y sociedad civil convertía al Estado en una esfera de representación de las luchas de clases surgidas del movimiento desbocado de la sociedad civil. Pero esa relación representativa entre la sociedad civil moderna y el Estado contenía las premisas de su abolición revolucionaria, un proceso de transición inexorable cuyas leyes de hierro solo podrían analizarse mediante la crítica de la economía política, ya que la separación entre el Estado y la sociedad civil daba lugar a la división de los ingresos de la sociedad en las formas de renta, beneficio y salarios. Esa separación ponía en movimiento una lucha existencial entre las clases nutridas por esos tipos de ingresos. La economía política presuponía un mundo equilibrado en el que la oferta igualaba a la demanda porque la producción creaba su propia demanda bajo la forma de los ingresos cobrados por los propietarios de la tierra, el capital y el trabajo. Marx le dio la vuelta a esa teorización circular de un orden sincrónico y elaboró una dinámica histórica en la que renta, beneficio y salarios serían abolidos sucesivamente. Aunque la acumulación de capital generaba una polarización entre las clases a una escala cada vez más universal, las luchas de clases modernas asumían su forma política más elevada en la esfera representativa surgida y mediada por la separación existente entre el Estado y la sociedad civil, porque era allí donde se concentraba el poder de esta última para constituir y abolir. En su primer borrador de una crítica de la *Filosofía del Derecho* de Hegel, esbozó los perfiles de un salto repentino y dramático de la monarquía constitucional a la asamblea revolucionaria; pero aunque esperaba que la preeminencia del Parlamento sobre el ejecutivo real iniciara una abolición del Estado, vagamente concebida, en ese primer presagio la emancipación se concebía como el movimiento de la sociedad civil-burguesa hacia su propia realización, y no hacia su abolición. El subsiguiente estudio y crítica de la economía política lo llevó más allá de ese límite constitucional, hacia conjeturas más concretas sobre la superación de la propia sociedad civil, sustrato hasta entonces de la historia humana.

Marx concebía el movimiento comunista como agente consciente de ese proceso de disolución de la sociedad burguesa, que por sí mismo solo

sería una nueva fase de disolución de un antiguo régimen europeo de larga duración, adoptando la forma inmediata de una multitud proletaria empobrecida en rápida expansión. Es, por supuesto, bien conocido que, para Marx, el proletariado solo completaría lo que su progenitor y némesis había iniciado; pero las condiciones y formas precisas de su movimiento desde la emancipación política a la humana, desde la revolución burguesa a la proletaria, podían ahora exponerse con mayor precisión.

En la era del gobierno representativo, cada clase se esforzaba por identificar su forma de ingreso con los intereses generales de la sociedad. El sometimiento de la sociedad a las leyes del mercado mundial puso en movimiento una dialéctica política de intereses particulares y una universal derivada del inicio de su disolución. La universalización de la división del trabajo representaba el nacimiento de la historia mundial, el establecimiento de la escena política en la que cada forma limitada de dominio de clase sería derrocada en un proceso que acabaría con la autoabolição del proletariado entre el derrumbe de toda la escena representativa. Empezando por la monarquía constitucional, cuyo senado descansaba sobre la propiedad legalmente privilegiada de la tierra, los avances de la burguesía liberal habían llevado a una separación más completa del Estado con respecto a la sociedad, relegando la renta de la tierra a un mero tipo de capital portador de interés. La adopción del *laissez-faire* propulsó entonces una creciente polarización de ingresos entre beneficios y salarios. La burguesía se vio obligada a mantenerse como clase preservando la separación entre el Estado y la sociedad civil –lograda en su lucha contra la separación incompleta que constituía el privilegio de la propiedad terrateniente– y reprimiendo la autoorganización de quienes vivían de su salario tendiendo a convertirse en un agente de clase político, «para sí».

El primer objetivo del movimiento obrero era, por lo tanto, la supresión de la competencia entre trabajadores atomizados que los hacía depender de su salario. La formación de sindicatos era el primer paso en el proceso de abolición del propio sistema salarial como fundamento del capital, y de la separación del Estado con respecto a la sociedad civil, que era el marco en el que la burguesía existía como clase. Los sindicatos eran el núcleo de una forma de autoorganización mediante la cual los trabajadores dejarían de ser una multitud de individuos en competencia desesperada para transformarse en una clase políticamente consciente.

Esa incipiente autoorganización preparaba la escena para la entrada de la clase obrera en la esfera política. Como fuerza políticamente constituida

podía reclamar la representación de los intereses universales de la humanidad, pero a diferencia de otras clases solo podría hacerlo aboliendo la oposición entre capital y trabajo asalariado y la abyecta depauperación de la humanidad excedente como su base y, por lo tanto, a sí misma. Este proceso de autoemancipación comenzaba por la lucha por salarios más altos y mejores condiciones para los empleados, pasando a la esfera política con la reivindicación de la abolición de la distinción entre empleados y desempleados –«el derecho al trabajo» y la «organización de los trabajadores»–, y tras terribles luchas de clase, culminaría en la abolición del propio trabajo. «El derecho a trabajar es, en el sentido burgués, un contrasentido, un miserable deseo piadoso», escribió Marx:

Pero por debajo del derecho al trabajo está el poder sobre el capital; por debajo del poder sobre el capital, la apropiación de los medios de producción, su sometimiento a la clase obrera asociada y, por lo tanto, la abolición del trabajo asalariado, del capital y de sus relaciones mutuas¹².

El proletariado, en esa espiral ascendente de su lucha por la emancipación, tendría que constituirse a sí mismo como una forma de Estado que desharía la separación entre el Estado y la sociedad civil aboliendo las condiciones subyacentes de la relación capital-salario-trabajo, esto es, el exceso necesario de trabajadores con respecto a la cantidad de empleos. Un gobierno obrero crearía con ello las condiciones para su propia desaparición. Durante ese largo proceso revolucionario, el Estado se transformaría, de un orden coercitivo externo, por encima y como cerrojo de la sociedad (monarquía absolutista), en una esfera de representación imaginaria de los intereses universales (la llamada monarquía constitucional y repúblicas fosilizadas como la de Estados Unidos) y de ahí en la esfera en la que se desarrollaría la lucha de clases hasta su conclusión. La forma estatal de ese penúltimo cambio de la lucha de clases –la república de la guerra civil– se convertiría, bien en puerta de entrada a la emancipación humana o en una tumba del proletariado sobre la que se alzaría un nuevo e infame orden cesarista.

¹² K. Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848 bis 1850* [1850], *MEW*, cit., Band 7, 1960, p. 42 [«Das Recht auf Arbeit ist im bürgerlichen Sinn ein Widersinn, ein elender, frommer Wunsch, aber hinter dem Rechte auf Arbeit steht die Gewalt über das Kapital, hinter der Gewalt über das Kapital die Aneignung der Produktionsmittel, ihre Unterwerfung unter die assoziierte Arbeiterklasse, also die Aufhebung der Lohnarbeit, des Kapitals und ihres Wechselverhältnisses»]; *The Class Struggles in France, 1848-1850* [1850], *MECW*, cit., vol. 10, p. 78 [ed. cast: *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, 2005].

Afirmación de la política

Esa concepción integrada de la política revolucionaria, la economía política y la historia se desarrolló en el molde de una crítica e inversión del sistema hegeliano; pero lejos de ser un rígido esquema conceptual preformado, proporcionaba el marco para una serie de descubrimientos y avances que acompañaron los giros y virajes de las luchas de Marx y Engels entre los jóvenes hegelianos, contra corrientes adversas del socialismo, y en sus relaciones en rápida evolución con la oposición más moderada de los demócratas pequeño burgueses y los monárquicos constitucionalistas liberales.

La distinción entre emancipación política y humana apuntada en el ensayo «Sobre la cuestión judía» había planteado el problema de las formas y escenarios de la emancipación en el paso de una a otra¹³. La reactivación de la oposición liberal al gobierno prusiano en 1847 llevó a Marx y Engels a abandonar en aquella coyuntura la clara distinción entre lo político y lo social y regresar al escenario que Marx había comenzado a desarrollar en la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*: el paso de la lucha de clases a través del Estado representativo hasta su abolición. Con otras palabras, restablecieron el vínculo entre la emancipación política y la social, que ahora quedaba mediado por un campo estratégico más claramente articulado de alianzas y antagonismos con las fuerzas de oposición de la pequeña burguesía democrática y liberal.

En coordenadas más cercanas, esto suponía romper con el medio anti-político y antiliberal del «verdadero socialismo», que tendía a solicitar al

¹³ Como nota al margen, los *Manuscritos económicos y filosóficos* inspirados en Feuerbach contienen algunas reflexiones bien conocidas sobre la importancia histórica del socialismo y el comunismo en su análisis de la historia de la humanidad. Esos términos, como *liberalismo* y *feudalismo*, alcanzaron una amplia difusión durante la vida de Marx, a diferencia de *capitalismo*, que solo comenzó a usarse en un sentido parecido al que tiene hoy día a finales del siglo XIX. Nunca hubo una clara diferenciación entre los dos términos, y la posterior concepción del socialismo como una etapa histórica anterior al comunismo era de hecho opuesta a su propias distinciones improvisadas durante aquellos meses en París, en las que el comunismo era la negación de la sociedad burguesa existente, mientras que el socialismo era la nueva sociedad auténticamente humana. El comunismo era una transición al socialismo. «El socialismo es la *autoconciencia positiva* del hombre, que deja de estar mediada por la abolición de la religión, del mismo modo que la *vida real* es la realidad positiva del hombre, que deja de estar mediada por la abolición de la propiedad privada mediante el *comunismo*». (K. Marx, *Ökonomisch-philosophische Manuskripte aus dem Jahre 1844* [1844], MEW, cit., Band 40, 1968, p. 546 [«(Sozialismus) ist positives, nicht mehr durch die Aufhebung der Religion vermitteltes Selbstbewußtsein des Menschen, wie das wirkliche Leben positive, nicht mehr durch die Aufhebung des Privateigentums, den Kommunismus, vermittelte Wirklichkeit des Menschen ist»]; *Economic and Philosophic Manuscripts*, cit., p. 306.

Estado prusiano soluciones paternalistas de la cuestión social. Marx se quejaba de que «cierto sector de los socialistas alemanes ha galleado continuamente contra la burguesía liberal, de un modo que solo ha beneficiado a los gobiernos alemanes»¹⁴. En Prusia, el problema que afrontaba Marx era que quienes desde la izquierda apoyaban las organizaciones independientes de los trabajadores estaban a menudo dispuestos a colaborar con el Estado, mientras que quienes proponían una lucha abierta contra este último tendían a aliarse con liberales de izquierda y demócratas, hostiles a cualquier organización independiente de los trabajadores contra sus patronos potencialmente liberales y democráticos. Prusia, que Marx había supuesto especialmente atrasada, estaba comenzando a desarrollar las características de un Estado del Bienestar primitivo, iniciando la complicada historia de la subsiguiente integración de la clase obrera (a este respecto, lo que parecía un atolladero específico de la izquierda prusiana anunciaba una evolución más general). Durante este periodo era Engels quien ofrecía las formulaciones más claras sobre la naturaleza del Estado prusiano —«la forma bárbara del dominio de la clase media»—, probablemente porque era siempre más propenso a reconocerlo como fuerza dirigente en cualquier proceso de unificación nacional. Reflexionando sobre la derrota de una ofensiva anterior de la oposición liberal idealista protagonizada por profesionales e intelectuales, tanto Marx como Engels juzgaban que las perspectivas de una oposición más decidida eran más optimistas ahora, porque habían empezado a pesar más los intereses materiales de una gran burguesía prusiana emergente: «La burguesía alemana no solo no está en el poder, sino que es incluso el enemigo más peligroso de las clases dominantes existentes»¹⁵.

La revolución alemana y el libre comercio inglés

Los textos políticos de Marx con respecto a las revoluciones de 1848 y sus consecuencias presuponen una lógica del conflicto que se despliega dentro de la esfera de la representación política directa de los intereses de clase recorriendo el espectro de los partidos contendientes

¹⁴ K. Marx, «Der Kommunismus des *Rheinischen Beobachters*» [1847], *MEW*, cit., Band 4, 1972, p. 191 [«(...) eine gewisse Fraktion deutscher Sozialisten fortwährend gegen die liberale Bourgeoisie gepoltert hat, und zwar in einer Weise, die niemandem Vorteil brachte als den deutschen Regierungen»]; «The Communism of the *Rheinischer Beobachter*» [1847], *MECW*, cit., vol. 6, p. 220.

¹⁵ Friedrich Engels, «Der Status quo in Deutschland» [1847], *MEW*, cit., Band 4, 1972, p. 42 [«In Deutschland ist die Bourgeoisie nicht nur nicht an der Herrschaft, sie ist sogar die gefährlichste Feindin der existierenden Regierungen»]; «The Constitutional Question in Germany» [1847], *MECW*, cit., vol. 6, p. 76.

(conservadores, liberales, demócratas y comunistas), que supuestamente debían llegar al poder sucesivamente. El problema era entonces cómo comenzar la sucesión. Tal y como escribió Marx:

Los trabajadores saben muy bien que la burguesía tendrá que hacerles concesiones más amplias que la monarquía absoluta no solo políticamente, sino que, sirviendo a los intereses de su comercio e industria, creará, quieras que no, las condiciones para la unidad de la clase obrera, y la unidad de los trabajadores es la primera exigencia para su victoria¹⁶.

Una revolución alemana exigía un proletariado alemán que a su vez requería el desarrollo de una burguesía industrial alemana. El proletariado solo podría llegar al poder después de que esa burguesía liberal hubiera triunfado sobre el antiguo régimen, pero el acorralamiento de la industria europea por la competencia inglesa la hacía en todas partes demasiado débil:

La burguesía industrial solo puede dominar allí donde la industria moderna configura todas las relaciones de propiedad adaptándolas a sí misma, y la industria solo puede obtener ese poder allí donde ha conquistado el mercado mundial, ya que las fronteras nacionales son demasiado estrechas para su desarrollo. Aun así, la industria francesa mantiene en gran medida su control sobre el mercado nacional, mediante un sistema más o menos modificado de restricciones prohibitivas¹⁷.

Lo mismo era cierto con respecto a Alemania: «La escasez de capital es la base del *statu quo* alemán».

El atraso relativo de las condiciones en el continente llevaba a los partidos liberales y conservadores a adoptar posiciones en la política económica contrarias a las mantenidas por sus homólogos en Inglaterra. En Prusia, como en Francia durante aquel periodo, la oposición liberal era proteccionista,

¹⁶ K. Marx, «Die moralisierende Kritik und die kritisierende Moral» [1847], *MEW*, cit., Band 4, 1972, p. 352 [«Die Arbeiter wissen sehr wohl, daß die Bourgeoisie nicht nur politisch ihnen breitere Konzessionen machen muß als die absolute Monarchie, sondern daß sie im Dienst ihres Handels und ihrer Industrie wider ihren Willen die Bedingungen zur Vereinigung der Arbeiterklasse hervorruft, und die Vereinigung der Arbeiter ist das erste Erfordernis ihres Siegs»]; «Moralizing Criticism and Critical Morality», *MECW*, cit., vol. 6, p. 332.

¹⁷ K. Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848 bis 1850* [1850], cit., p. 20 [«Die industrielle Bourgeoisie kann nur da herrschen, wo die moderne Industrie alle Eigentumsverhältnisse sich gemäß gestaltet, und nur da kann die Industrie diese Gewalt gewinnen, wo sie den Weltmarkt erobert hat, denn die nationalen Grenzen genügen ihrer Entwicklung nicht. Frankreichs Industrie aber, zum großen Teil, behauptet selbst den nationalen Markt nur durch ein mehr oder minder modifiziertes Prohibitivsystem»]; *The Class Struggles in France*, cit., p. 56.

mientras que el gobierno era partidario del libre comercio. Cabía deducir de esto que los comunistas debían apoyar la demanda liberal alemana de protección frente al *laissez-faire* del antiguo régimen, a fin de consolidar la industria alemana y constituir un proletariado alemán; el movimiento obrero podría beneficiarse de barreras aduaneras que acelerarían su expansión. Engels aceptó por momentos esta deducción, a diferencia de Marx, quien dijo en términos muy apasionados, del estilo de los jóvenes hegelianos, en una diatriba no publicada contra Friedrich List en 1845:

La tiranía industrial inglesa sobre el mundo es el dominio de la industria sobre el mundo. Inglaterra nos domina porque la industria nos domina. Podemos liberarnos de Inglaterra en el extranjero, solo si nos libramos de la industria en nuestro país. Solo podremos poner fin al dominio inglés en la esfera de la competencia si superamos la competencia dentro de nuestras fronteras. Inglaterra tiene poder sobre nosotros porque hemos convertido la industria en un poder sobre nosotros¹⁸.

La pauta del desarrollo económico a mediados del siglo XIX dentro de la *Zollverein* [unión aduanera] fue posibilitada en parte por la promoción y fomento por el Estado prusiano de una red ferroviaria en expansión, que aumentó en consecuencia sus exigencias tributarias sobre sus clases propietarias, agudizando el conflicto entre la corona y la oposición liberal semiparlamentaria. A diferencia de Engels, Marx veía la construcción de vías férreas simplemente como una forma del gobierno prusiano para eludir el control parlamentario sobre el presupuesto, como una desviación de riqueza desde la empresa privada que «desplazaba» la formación autónoma de capital nacional¹⁹. Para él la unión aduanera de libre comercio impulsada por Prusia era poco más que el conducto a través del cual el vasto mercado alemán quedaba inundado por los productos de las fábricas inglesas, induciendo al escaso capital a volcarse en la deuda pública, lo que aliviaba las precarias finanzas de un gobierno reacio al control parlamentario del presupuesto. No había que dejarse engañar por las modestas iniciativas de desarrollo y bienestar

¹⁸ K. Marx, «Über F. Lists Buch *Das nationale System der politischen Ökonomie*» [1845], en *Beiträge zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, Heft 3/1972, 14. Jg., Berlín, pp. 425-446 [«Englands industrielle Tyrannei über die Welt ist die Herrschaft der Industrie über die Welt. England beherrscht uns, weil die Industrie uns beherrscht. Wir können uns nur nach außen hin von England befreien, wenn wir uns nach innen hin von der Industrie befreien. Wir können seine Konkurrenzherrschaft nur töten, wenn wir innerhalb unserer Pfähle die Konkurrenz überwinden. England ist mächtig über uns, weil wir die Industrie zur Macht über uns gemacht haben»]; «Draft of an Article on Friedrich List's book», *MECW*, cit., vol. 4, p. 283 [ed. cast.: «Esbozo de crítica de la economía política», *Manuscritos de París. Anuarios francoalemanes, 1844*, OME 5, cit.]

¹⁹ K. Marx, «Notizen aus dem «Economist» von 1849», *MEGA*, Berlín, 1983, Vierte Abteilung, Band 7.

del Estado policial prusiano, contra el que Marx apoyaba resueltamente la oposición de los notables liberales a la tributación sin representación: «Los capitalistas no pueden permitir que sus ganancias sean gravadas impunemente. Esto se deduce de la propia competencia»²⁰.

Excepto en unos pocos pasajes dispersos de este periodo, Marx nunca entendió los impuestos como la base material de la relación entre el Estado y la sociedad civil, ni como la forma de ingreso característica de esa relación²¹. El resultado de sus reflexiones era que los impuestos a los capitalistas no beneficiarían a los trabajadores:

El nivel salarial expresado no en términos monetarios, sino de los medios de subsistencia necesarios para el trabajador, que es el nivel de los salarios *reales*, no los *nominales*, depende de la relación entre oferta y demanda. Una alteración en el nivel de los impuestos puede causar una perturbación momentánea, pero no cambiará nada a largo plazo²².

La concepción ricardiana de Marx de los salarios reales como permanentemente fijos casi al nivel de subsistencia descartaba cualquier cosa que fuera más allá de las luchas defensivas para evitar que los salarios cayeran por debajo de ese mínimo de subsistencia. Incluso si los poderes existentes se inclinaban por ello, el Estado no podría hacer nada contra esa ley de hierro excepto ofrecer ciertas medidas de alivio de la pobreza. En opinión de Marx, los impuestos y la deuda pública mantenían la burocracia parasitaria del antiguo régimen y un montón de defraudadores financieros²³. En 1848-1850 decía:

²⁰ K. Marx, «Der Kommunismus des *Rheinischen Beobachters*» [1847], cit., p. 194 [«(...) die Kapitalisten werden und können sich ihre Profite nicht so ungestraft besteuern lassen»]; «The Communism of the *Rheinischer Beobachter*», cit., p. 225.

²¹ Su artículo «The New English Budget» del 20 de febrero de 1857 [*New York Daily Tribune* núm. 4.956, 9 de marzo de 1857; en alemán: «Das neue englische Budget», *MFW*, cit., Band 12, 1961, pp. 129-136] ofrece, sin embargo, un certero análisis de las disposiciones presupuestarias, así como un examen de los principios del moderno impuesto sobre la renta.

²² K. Marx, «Der Kommunismus des *Rheinischen Beobachters*» [1847], cit., p. 194 [«Der Stand des nicht in Geld, sondern in den dem Arbeiter nötigen Lebensbedürfnissen ausgedrückten Arbeitslohns, d.h. der Stand des realen, nicht nominellen Arbeitslohns hängt von dem Verhältnis von Nachfrage und Angebot ab. Ein veränderter Steuermodus kann für den Augenblick eine Störung verursachen, auf die Dauer aber nichts daran ändern»]; «The Communism of the *Rheinischer Beobachter*», cit. p. 225.

²³ La creencia de Marx de que el Estado liberal guardián de mediados del siglo XIX era la forma política óptima para la sociedad burguesa le impedía posiblemente anticipar la posterior expansión de las funciones infraestructurales y reguladoras del Estado al servicio del capital. Aunque el tercer volumen de *El capital* incluye el esbozo de un sofisticado estudio del papel de un Banco Central como mediador de la relación entre

En un país como Francia, donde el volumen de la producción nacional se mantiene a un nivel desproporcionadamente más bajo que la deuda nacional, donde los bonos del gobierno constituyen el objeto de especulación más importante y la Bolsa es el mercado principal para la inversión de capital que quiere obtener réditos de una forma improductiva, en tal país una cantidad incontable de gente de todas las clases burguesas o semiburguesas estará necesariamente interesada en la deuda del Estado, en las apuestas en Bolsa, en las finanzas²⁴.

La frustración de la revolución permanente

Marx suponía que la lucha por el poder político, por la supremacía del legislativo sobre el ejecutivo, era cuestión de vida o muerte para la burguesía francesa y alemana. Sin el poder político no podrían establecer y proteger un mercado interno auténticamente nacional y pronto se verían derrotadas y aplastadas por la competencia inglesa. Pero si conseguían transformarse en clase políticamente dominante, eso abriría otra vía hacia la tumba al apresurar la marcha forzada de la «revolución permanente». Esperaba que el paso de la monarquía a la república iniciara una guerra de clases abierta que anunciaría la abolición de la sociedad burguesa, la esclavitud salarial y todo lo demás: «La primera manifestación de un partido comunista verdaderamente activo está contenida en la revolución burguesa, en el momento en que la monarquía constitucional queda eliminada»²⁵.

Comparados con sus predecesores más antiguos, los filósofos políticos de principios de la modernidad habían sido relativamente indiferentes

el presupuesto del Estado y la deuda pública en el proceso de acumulación del capital, esa prometedora teorización incipiente nunca fue desarrollada por posteriores marxistas, que mantuvieron de su periodo anterior la concepción guerracivilista del Estado. Esta última contiene algunas verdades profundas relativas a los escenarios del tipo clásico, pero nunca se modeló como una teorización más exhaustiva de los difíciles problemas que rodean las relaciones del capital con el Estado y el más amplio sistema geopolítico de Estados.

²⁴ K. Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848 bis 1850* [1850], cit., pp. 77-78 [«In einem Lande wie Frankreich, wo die Größe der nationalen Produktion in unverhältnismäßig untergeordnetem Maße zur Größe der Nationalschuld steht, wo die Staatsrente den bedeutendsten Gegenstand der Spekulation und die Börse den Hauptmarkt für die Anlegung des Kapitals bildet, das sich auf eine unproduktive Weise verwerten will, in einem solchen Land muß eine zahllose Masse von Leuten aus allen bürgerlichen oder halbbürgerlichen Klassen an der Staatsschuld, am Börsenspiel, an der Finanz beteiligt sein»]; *The Class Struggles in France*, cit., p. 115.

²⁵ K. Marx, «Die moralisierende Kritik und die kritisierende Moral» [1847], cit., p. 341 [«Die erste Erscheinung einer wirklich agierenden kommunistischen Partei findet sich innerhalb der bürgerlichen Revolution, in dem Augenblicke, wo die konstitutionelle Monarchie beseitigt ist»]; «Moralizing Criticism and Critical Morality», cit., p. 321.

al problema de la mejor forma de Estado: cualquiera que asegurara el orden natural subyacente de la propiedad y las personas bastaba. Tanto Hegel como el joven Marx escribieron en un contexto en el que el problema de la forma de Estado –la antítesis entre monarquía y república– se había reproducido a mayor escala. Aunque la concepción hegeliana de la monarquía constitucional también trataba de relativizar esta oposición, defendía la prerrogativa real como guardiana de la Constitución. Como hemos visto, la inversión por Marx del concepto hegeliano del Estado implicaba el criterio opuesto:

La mejor forma de Estado es aquella en la que los antagonismos sociales no resultan desdibujados ni arbitrariamente (artificial y por lo tanto solo aparentemente) reprimidos. La mejor forma de Estado es aquélla en la que esas contradicciones se manifiestan abiertamente en una contienda en la que puedan ser resueltas²⁶.

El método crítico de Marx invertía el orden de determinación de Hegel y con ello transformaba el contenido de las propias determinaciones. La mejor forma de Estado definía su esencia no especificando las condiciones necesariamente contradictorias de su reproducción, sino más bien las de su plena realización mediante la dinámica que llevaría a su abolición. A partir de 1843, la dialéctica entre el Estado y la sociedad civil pasaba a través de una sucesión de transformaciones de la división constitucional de poderes, desplegándose como una lucha entre el poder ejecutivo y el legislativo. La victoria de este último sobre el primero la convertía en una escena abierta de guerra de clases. La forma puramente legislativa del Estado solo podía ser, por lo tanto, una fase transitoria a continuación de la eliminación del dualismo ejecutivo-legislativo de la monarquía constitucional. O bien sería el marco para un avance hacia la emancipación del proletariado, o bien la sociedad se vería sometida a una nueva forma de dominio del ejecutivo.

Hasta abril de 1849 Marx asumía una teoría de la revolución en dos etapas: la primera sería una etapa democrático-burguesa –la emancipación política– de la que emergerían las condiciones para una revolución obrera,

²⁶ K. Marx, «Die Junirevolution» [*Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, núm 29, 29 de junio de 1848], *MEW*, cit., Band 5, 1971, p. 136 [«Die beste Staatsform ist die, worin die gesellschaftlichen Gegensätze nicht verwischt, nicht gewaltsam, also nur künstlich, also nur scheinbar gefesselt werden. Die beste Staatsform ist die, worin sie zum freien Kampf und damit zur Lösung kommen»]; «The June Revolution», *MECW*, cit., vol. 7, p. 149 [ed. cast.: *Manifiesto comunista. Nueva Gaceta Renana (I), 1847-junio 1848*, OME 9, Barcelona, Editorial Crítica, 1978].

que sería la de la emancipación humana. Pero ya antes del *coup d'état* de Luis Bonaparte, la progresión de la llamada «revolución permanente» se había visto obstruida e invertida. Tras la derrota Marx se esforzó por especificar las razones por las que ese escenario no se había materializado. En *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* invocó, como bien es sabido, la ignorancia y el aislamiento del campesinado francés, pero merece la pena señalar que no mucho antes había reconocido que no era solo el campesinado, sino toda la clase obrera en su vasta mayoría la que había votado por Bonaparte en las elecciones presidenciales de diciembre de 1848: «Pequeña burguesía y proletariado han votado en bloque *por* Napoleón como voto *contra* Cavaignac, a fin de arrebatar a la Asamblea Constituyente, mediante la unión de sus votos, la decisión final»²⁷.

En *La lucha de clases en Francia*, concluida poco antes del golpe, Marx señalaba que los resultados electorales a escala nacional revelaban que muchos distritos campesinos estaban virando hacia la izquierda, una evolución que esperaba que hiciera oscilar el péndulo contra el Partido del Orden y volviera a poner en marcha la revolución. Hasta después del golpe de Bonaparte no acusó al campesinado. Su principal afirmación en relación con el golpe era que la sociedad burguesa moderna en el continente se cobijaba en un Estado recaudador. Al bajar la marea revolucionaria, Marx trató de estudiar más a fondo la sustancia del aparato estatal como burocracia militar-policial sobre y por encima de su carácter de clase. La dependencia de las clases propietarias de una burocracia basada en la explotación recaudatoria del campesinado creaba un obstáculo estructural para el desarrollo del escenario de la revolución permanente. «En Francia», concluía,

la pequeña burguesía hace lo que normalmente tendría que hacer la burguesía industrial; el obrero hace lo que normalmente sería la tarea del pequeño burgués; pero ¿quién realiza entonces las tareas de los trabajadores? Nadie en absoluto²⁸.

²⁷ K. Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848 bis 1850* [1850], cit., p. 45 [«Kleinbürgerschaft und Proletariat hatten en bloc <geschlossen> für Napoleon gestimmt, um gegen Cavaignac zu stimmen und durch Zusammenhalten der Stimmen der Konstituante die schließliche Entscheidung zu entreißen»]; *The Class Struggles in France*, cit., p. 81.

²⁸ *Ibid.*, p. 79 [«In Frankreich tut der Kleinbürger, was normalerweise der industrielle Bourgeois tun müßte; der Arbeiter tut, was normalerweise die Aufgabe des Kleinbürgers wäre, und die Aufgabe des Arbeiters, wer löst sie? Niemand»]; *ibid.*, p. 117.

El bloqueo de las condiciones internas para un despliegue de la revolución permanente se vio fortalecido por la ausencia de una polarización geopolítica entre los campos revolucionario y contrarrevolucionario: «No hubo grandes complicaciones exteriores que pudieran disparar las energías, acelerar el proceso revolucionario, impulsar hacia delante el gobierno provisional o arrojarlo por la borda»²⁹. La revolución permanente –el paso de la emancipación política a la humana o social– presupone esa configuración geopolítica, y descarrilaría en su ausencia:

La guerra de clases en la sociedad francesa se convierte en una guerra mundial en la que las naciones se enfrentan entre sí mutuamente. La resolución no comienza hasta el momento en que, por la guerra mundial, el proletariado se ve empujado a ponerse al frente del pueblo que domina el mercado mundial, esto es, a situarse en la vanguardia en Inglaterra³⁰.

Como veremos, toda la trayectoria del pensamiento de Marx durante estos años, desde su crítica de la concepción hegeliana del orden de determinación entre Estado y sociedad civil en adelante, culminaba en la visión de una configuración geopolítica que la revolución europea debería también aplastar, so pena de ser aplastada por ella.

Europa después de Napoleón

Aunque el *Manifiesto comunista* presagiaba una disolución de las nacionalidades dentro de una economía mundial cosmopolita, en casi todos sus comentarios de la época Marx presentaba la Europa de su época atrapada en el acuerdo posnapoleónico atornillado por la supremacía de Inglaterra en un extremo y la Rusia zarista en el otro. Suponía que la geopolítica de la era de la restauración era el marco en el que la sociedad burguesa moderna no solo había surgido, sino en el que tendría que permanecer hasta su inminente final: esa configuración geopolítica era una expresión de las condiciones subyacentes de la sociedad burguesa, no solo de su dependencia antagónica del antiguo régimen, sino más en general de las formas características de los ingresos de sus clases dominantes: beneficio, renta e impuestos.

²⁹ *Ibid.*, p. 22 [«Also keine großartigen auswärtigen Verwicklungen, welche die Tatkraft entzünden, den revolutionären Prozeß beschleunigen, die provisorische Regierung vorwärtstreiben oder über Bord werfen konnten»]; *ibid.*, p. 58.

³⁰ *Ibid.*, p. 79 [«Der Klassenkrieg innerhalb der französischen Gesellschaft schlägt um in einen Weltkrieg, worin sich die Nationen gegenübertreten. Die Lösung, sie beginnt erst in dem Augenblick, wo durch den Weltkrieg das Proletariat an die Spitze des Volks getrieben wird, das den Weltmarkt beherrscht, an die Spitze Englands»]; *ibid.*, p. 117.

Del mismo modo que el beneficio obtenido por el capital era «una síntesis dinámica de monopolio y competencia», la posición monopolista de Inglaterra en el mercado mundial era la base de las leyes de la economía política que presuponían el *laissez-faire*. Inglaterra era a la vez impulsora del statu quo europeo y agente de su disolución. Mientras que su supremacía en el mercado mundial socavaba el antiguo régimen en el continente, también obstaculizaba la formación de centros nacionales de acumulación independientes. De ahí el resonante epígrafe del tercer apartado del folleto «Trabajo asalariado y capital»: «El sojuzgamiento y la explotación comercial de las clases burguesas de las distintas naciones europeas por Inglaterra, el déspota del mercado mundial»³¹.

Rusia era, por otra parte, el bastión de un orden europeo que descansaba sobre la renta y la explotación del campesinado mediante impuestos. El antiguo régimen, dependiente del apoyo militar del zarismo ruso, había abierto el continente al equivalente moderno de las hordas bárbaras. Desde su entrada en el mundo europeo en el siglo XVIII, el Imperio ruso parecía encarnar una fuerza ajena cuya expansión no tenía significado en una historia organizada en torno al desarrollo de la sociedad civil. Hegel ni siquiera había mencionado su papel en el supuesto logro histórico del statu quo posnapoleónico en Occidente. Había surgido al margen de esa historia de la sociedad civil en la que había irrumpido. Sin una revolución, el Imperio ruso arrollaría ese viejo mundo tambaleante.

Así, el statu quo en el continente quedaba suspendido en la dualidad existente entre Estado y sociedad, en el enfrentamiento del poder ejecutivo con el legislativo, entre la deuda pública y la propiedad terrateniente frente al capital industrial, o entre la renta y el beneficio, manifestándose geopolíticamente como el poder de las *Flügelmächte* [potencias situadas en los extremos] inglesa y rusa sobre la totalidad de Europa. Inglaterra era la potencia hegemónica y Rusia la subordinada en el sistema mundial de la sociedad burguesa. La totalidad de la sociedad europea, al igual que sus miembros individuales, quedaba suspendida entre un eventual avance de la civilización y la barbarie del antiguo régimen.

³¹ K. Marx, «Lohnarbeit und Kapital» [1849], *MEW*, cit., Band 6, 1959, p. 398 [«(...) die kommerzielle Unterjochung und Ausbeutung der Bourgeois Klassen der verschiedenen europäischen Nationen durch den Despoten des Weltmarkts – England»]; «Wage Labour and Capital», *MECW*, cit., vol. 9, p. 198. [ed. cast.: «Trabajo asalariado y capital», *Salario, precio y ganancia/Trabajo asalariado y capital*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2003].

A partir de esas premisas, la sucesión revolucionaria en el continente seguiría o debía seguir la siguiente espiral: una victoria liberal sobre el antiguo régimen, que detonaría una traca republicana abocada a la guerra civil, seguida por la victoria de la extrema izquierda, que para consolidar su triunfo se vería obligada a lanzarse a la guerra contra la Rusia zarista. La materialización de esa sucesión revolucionaria abriría entonces la puerta a una revolución social en Inglaterra, el centro de la economía mundial, haciendo posible el paso al comunismo. En la dirección opuesta, el escenario contrarrevolucionario era este: una guerra civil que acababa con la derrota de la extrema izquierda, clausurando el intervalo republicano con una neutralización del Parlamento mediante un *coup d'état* del ejecutivo. Los regímenes surgidos de esa espiral contrarrevolucionaria mantendrían Europa en un estado de estancamiento sin historia bajo el dominio anglo-ruso restaurado. En opinión de Marx, sin un avance revolucionario, Europa declinaría como España. Es a la luz de esta configuración geopolítica como se hace inteligible el comentario ampliamente favorable de Marx al primer Imperio napoleónico. Los radicales del oeste de Alemania contemplaban con ojos fríos y hostiles la «liberación» de 1813 que los había sometido al dominio prusiano.

La Europa napoleónica había sucumbido frente al poder de Inglaterra y Rusia, del mismo modo que los procesos revolucionarios internos se habían estrellado contra las barreras impuestas por las condiciones incipientes de la sociedad burguesa. Marx había esperado que la revolución proletaria las superara y se desarrollara en una guerra contra el zarismo antes de culminar en una insurgencia del proletariado fabril inglés, que completaría y sobrepasaría los objetivos no realizados de la primera revolución y su culminación napoleónica. Solo después del *coup d'état* de Luis Napoleón abandonó ostensiblemente esa elevada estimación de su precursor; a partir de entonces el «bonapartismo» se convirtió en uno de los términos más peyorativos de su vocabulario político³². Marx había avalado antes el diagnóstico de Napoleón de que al cabo de cincuenta años Europa sería republicana o sería cosaca. Quienes habían crecido identificando Francia con la civilización moderna perdieron su inocencia histórica con el golpe del 18 *Brumario* y el inesperado advenimiento de una República cosaca. ¿A qué nuevas conclusiones llegó entonces Marx cuando la perspectiva de una inmediata reanudación de las luchas revolucionarias

³² Si bien es cierto que en una carta a Ruge de mayo de 1843 se había referido al corso como un «déspota» inhumano, incluso entonces se inclinaba a subrayar su trágica grandeza.

comenzó a desvanecerse? Ahí es donde reside la importancia de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Su dramática divergencia política y teórica cuajó en la relegación al pasado de la Revolución Francesa y de todo el legado del jacobinismo. El juicio al respecto de Marx era categórico:

La revolución social del siglo XIX no puede extraer su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea hasta despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado. Las anteriores revoluciones necesitaban remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido. Allí, las palabras desbordaban el contenido; aquí, el contenido va más allá de las palabras³³.

El 18 Brumario de Luis Bonaparte anticipaba la ruptura, pero no articulaba el escenario y las formas políticas en las que se iba a desplegar la emancipación social. La relegación del jacobinismo fue un proceso complejo y prolongado ahora que su primera versión quedaba matizada por el problema de la relación entre la emancipación política y la social o humana, que se remontaba a 1843. Esta expectativa –que la separación entre el Estado y la sociedad civil, y la inversión del orden de determinación entre ellos, diera lugar a una esfera política representativa en la que el conflicto de clases dentro de la sociedad civil se desarrollaría hasta llegar a una conclusión final– se iba a ver frustrada. Marx integró la experiencia de aquella derrota en el marco de su concepción general de las relaciones entre Estado y sociedad civil, presentándola como la inversión de una inversión: un hipertrofiado aparato estatal que fortalecía su autonomía y superioridad sobre una sociedad derrotada e impotente. Bajo su nuevo jefe y su colorido entorno, el Estado francés había dejado de basarse en una clase dominante, manteniéndose supuestamente apoyado en una masa de familias campesinas empobrecidas y atomizadas. Tal caricatura del parasitismo burocrático –lejos hasta entonces de cualquiera de sus caracterizaciones anteriores o posteriores de un Estado europeo– solo se puede explicar en su contexto polémico. Su imagen de un despotismo sobre la sociedad estaba dirigida contra los liberales como Tocqueville, que había

³³ K. Marx, *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte* [1852], *MEW*, cit., Band 8, 1960, p. 117 [«Die soziale Revolution des neunzehnten Jahrhunderts kann ihre Poesie nicht aus der Vergangenheit schöpfen, sondern nur aus der Zukunft. Sie kann nicht mit sich selbst beginnen, bevor sie allen Aberglauben an die Vergangenheit abgestreift hat. Die früheren Revolutionen bedurften der weltgeschichtlichen Rückerinnerungen, um über ihren eigenen Inhalt zu betäuben. Die Revolution des neunzehnten Jahrhunderts muß die Toten ihre Toten begraben lassen, um bei ihrem eignen Inhalt anzukommen. Dort ging die Phrase über den Inhalt, hier geht der Inhalt über die Phrase hinaus»]; *The Eighteenth Brumaire of Louis Napoleon*, *MECW*, cit., vol. 11, p. 106. [ed. cast.: *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2003].

denunciado abiertamente el socialismo como un régimen de paternalismo degradante y que en el curso de la represión ayudó al ascenso de Bonaparte al liderazgo del Partido del Orden, solo para verse más tarde marginado en la vorágine posterior.

Más allá del jacobinismo

El descarrilamiento de la revolución permanente prevista en la esfera de la representación política de las clases llevó a Marx a rechazar la concepción de una revolución como mera toma del poder estatal. Esta es la razón por la que su ruptura con esa concepción cobró la forma de un salto adelante radical a la idea de que la lucha revolucionaria culminaría no con la ocupación del aparato coercitivo del Estado existente, sino en su abolición y su sustitución por una forma de Estado nueva y provisional, concebida como la clase obrera colectivamente organizada para defenderse contra sus enemigos. El viejo Estado debía ser destruido, pero el nuevo que lo sustituiría se iría desvaneciendo con el cumplimiento de sus tareas transitorias. Esta ruptura con el estatismo jacobino se reactivó en su posterior descripción de la Comuna de París y se iba a convertir en uno de los postulados del marxismo revolucionario posterior; pero durante gran parte del periodo intermedio pareció quedar eclipsada por una nueva concepción de un movimiento obrero que avanzaría mediante reformas sociales y legislación fabril, y después de décadas de lucha quizá conseguiría la disolución de las formas de propiedad existentes. La incómoda relación entre esas dos posiciones reproducía la vieja oposición entre lo político y lo social.

Pero del mismo modo que la cesura entre la sociedad burguesa y el capitalismo no debería concebirse como una discontinuidad absoluta, sino más bien como un problema que habría de ser resuelto por los estudios históricos, las disimilitudes existentes entre el Marx joven y el Marx maduro deberían afrontarse dialécticamente. La visión del proletariado del joven Marx fue «transferida» no solo a sus posteriores escritos, sino a una enorme realidad histórica que pocos de sus contemporáneos preveían durante la década de 1840, constituyendo la base objetiva subyacente para una continuidad en su perspectiva, mucho más allá de la supervivencia inerte de nociones anacrónicas que había efectivamente abandonado. Su relación con la Comuna de París demuestra que su concepción fundamentalmente nueva del desarrollo socioeconómico no le había hecho abandonar su política revolucionaria de clase y que no se limitaba a esperar que la dinámica de la acumulación capitalista llegara a agotarse en

algún momento indeterminado del futuro. Pero una afirmación de su famoso resumen de materialismo histórico escrito a finales de la década de 1850 parece sugerir que una transformación estructural total no sería factible hasta que se alcanzaran tales límites en la acumulación:

Una formación social no desaparece antes de que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas de las que es capaz, y unas relaciones de producción nuevas y superiores nunca sustituyen a las antiguas antes de que se hayan incubado las condiciones materiales de su existencia en el seno de la vieja sociedad³⁴.

Eduard Bernstein interpretó esta insistencia en las necesidades objetivas a largo plazo de forma unilateral y antirrevolucionaria, y basaba su argumentación en un contraste entre *El capital* y el *Manifiesto comunista*. No cabe ninguna duda de que el propio Marx habría rechazado esa conclusión, pero lo importante aquí es que ni él ni sus sucesores desarrollaron un marco ni siquiera remotamente adecuado para afrontar el problema del cambio revolucionario en las sociedades capitalistas desarrolladas. Puede ser difícil remediar esa situación hoy día; la desaparición de gran parte de lo que quedaba de las organizaciones de masas del movimiento obrero ha dado lugar a un vacío político en el que las propias premisas del pensamiento estratégico parecen inseguras. Se producirán sin duda nuevos levantamientos, incluso en los ajados centros de Occidente, ¿pero es siquiera posible esa antigua forma épica de transformación sistémica? Ahí podríamos aprender una lección de Marx cuando absorbió la experiencia de la derrota.

El horizonte posrevolucionario

Estados Unidos. En 1852 el reflujo de la oleada revolucionaria de 1848 era completo, y durante el resto de la década Europa experimentó una miniglaciación de reacción política. Marx y Engels, exiliados en Londres, escrutaban los acontecimientos mundiales en busca de cualquier señal de cambio en aquel deprimente panorama. Estados Unidos parecía una posible alternativa al naufragio del viejo mundo. El reciente descubrimiento de oro en California parecía presagiar el ascenso de una nueva economía mundial centrada en el Pacífico.

³⁴ K. Marx, *Zur Kritik der Politischen Ökonomie [Vorwort]* [1859], *MFW*, cit., Band 13, 1971, p. 117 [«Eine Gesellschaftsformation geht nie unter, bevor alle Produktivkräfte entwickelt sind, für die sie weit genug ist, und neue höhere Produktionsverhältnisse treten nie an die Stelle, bevor die materiellen Existenzbedingungen derselben im Schoß der alten Gesellschaft selbst ausgebrütet worden sind»]; *A Contribution to the Critique of Political Economy*, Nueva York, 1970, p. 21 [ed. cast.: *Contribución a la crítica de la economía política*, «Prefacio», México DF, Siglo XXI, 1980].

Anteriormente Marx había sido escéptico, cuando no hostil, hacia Estados Unidos, viéndolo a través de los libros de viajes de Tocqueville [*De la démocratie en Amérique*] como un país donde reinaba la democracia, pero también una hipócrita religiosidad de clase media. Hasta el estallido de la guerra civil en 1861 su juicio al respecto era contradictorio: los despreciaba como una sociedad atrasada con contradicciones de clase subdesarrolladas –como la vieja República suiza, que difícilmente podía entenderse como un modelo radical–, pero también parecía contemplarla como la frontera más avanzada de la sociedad burguesa. Estados Unidos tenía otra importancia para el joven Marx: su sistema esclavista era la sombra infernal de aquel mundo burgués de libertad alienada. Hasta más tarde no llegaría Marx a ver una contradicción entre el trabajo asalariado libre y la esclavitud; ahora suponía que la esclavitud en Estados Unidos era parte integral del sistema mundial de la sociedad burguesa basada en la esclavitud asalariada: «Los pueblos modernos han podido disfrazar la esclavitud en sus propios países, pero la han impuesto sin rebozo en el Nuevo Mundo»³⁵. Las dos formas de esclavitud habían crecido juntas y caerían del mismo modo. El Marx de aquel periodo era un abolicionista implacable: concebía su propia época como la de la abolición del Estado, la propiedad privada, la familia, la religión y las naciones. En *La ideología alemana* Engels y él llevaron ese universalismo hasta sus últimas conclusiones en su réplica a la racialización de Stirner del esquema histórico de Hegel en las eras negroide, mongoloide y caucasoide: «Hasta las diferencias que han evolucionado naturalmente dentro de la especie, como las raciales [...], pueden y deben ser abolidas en el curso del desarrollo histórico»³⁶.

Tras finalizar la guerra civil estadounidense, Marx comenzó a pensar con mayor profundidad en la transformación de sociedades localizadas de colonos blancos en centros de acumulación de capital, lo que puede explicar que el primer volumen de *El capital* concluya con un examen de las barreras a la proletarización en Nueva Zelanda y, de pasada, en otras sociedades de colonos blancos con fronteras abiertas. Continentes enteros que antes habían estado poblados dispersamente por pueblos aborígenes eran ahora invadidos por blancos que los acorralaban en rincones inhóspitos o los exterminaban totalmente. Aliviando las presiones

³⁵ K. Marx, *Misère de la Philosophie* [París y Bruselas, 1847], *MFW*, cit., Band 4 [«Les peuples modernes n'ont au que déguiser l'esclavage dans leur propre pays, ils l'ont imposé sans déguisement au nouveau monde»]; *The Poverty of Philosophy*, *MFCW*, cit., vol. 6, p. 168 [ed. cast.: *Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1987].

³⁶ K. Marx y F. Engels, *Die Deutsche Ideologie* [1845-1847], cit., p. 410 [«Selbst die naturwüchsigen Gattungsverschiedenheiten, wie Rassenunterschiede etc. [...], können und müssen historisch beseitigt werden»]; *The German Ideology*, cit., p. 425.

malthusianas, los pobres rurales y urbanos de Europa se trasladaron a aquellos grandes espacios templados y durante largos periodos eludieron su reducción al trabajo asalariado. «¿Quiénes son entonces esos europeos cuyos sueños se hacen realidad aquí?», se preguntaba Marx. «No los trabajadores comunistas, sino tenderos en bancarrota, maestros artesanos o aldeanos arruinados que anhelan convertirse de nuevo en pequeños burgueses y granjeros en América»³⁷. Era importante demostrar a los trabajadores europeos que no podían escapar al dominio del capital y la pérdida de medios independientes de supervivencia yéndose a América, porque la gran acumulación originaria del capital que había establecido su dominio en Inglaterra acabaría dándose también allí.

China. La concepción del sistema mundial de la sociedad burguesa, tan evidente en otros escritos suyos del periodo, no aparece en el *Manifiesto comunista*, donde no se menciona el dualismo entre Inglaterra y Rusia, ni la esclavitud o el colonialismo en Estados Unidos, sino solo la expansión del sistema mediante «el derrumbe de las murallas chinas»³⁸. En ese texto aparece de nuevo el panorama hegeliano de la historia del mundo. Las simpatías de Marx hacia la rebelión Taiping de 1850-1864, la mayor lucha de clases del siglo XIX, debe verse también a la luz del procedimiento general de inversión empleado para cargar contra el sistema hegeliano y apuntillarlo. En cuanto al dualismo entre Oriente y Occidente, cuyo tránsito del uno al otro representaba para Hegel el propio curso de la historia, el paso de la sustancia al sujeto, Marx y Engels decían:

Aunque el socialismo chino puede considerarse en relación con el europeo como la filosofía china en relación con la filosofía hegeliana, es, sin embargo, un hecho gratificante que en ocho años los fardos de calicó de la burguesía inglesa hayan llevado al reino más antiguo y más imperturbable de la tierra al borde de la convulsión social, lo que en cualquier caso tendrá los resultados más significativos para la civilización. Cuando nuestros reaccionarios europeos, en su inminente fuga a través de Asia, lleguen finalmente a la Gran Muralla de China, a las puertas que llevan al baluarte de la extrema reacción y el extremo conservadurismo, quién sabe si no tendrán que leer en ellas la siguiente inscripción: *République chinoise / Liberté, Égalité, Fraternité* ³⁹.

³⁷ K. Marx y F. Engels, «Zirkular gegen Kriege» [1846], *MEW*, cit., Band 4, 1972, p. 10 [«Welche Europäer sind denn das, deren "Träume" hier in Erfüllung gehen? Nicht die kommunistischen Arbeiter, sondern bankrote Krämer und Handwerksmeister oder ruinierte Kotsassen, die nach dem Glücke streben, in Amerika wieder Kleinbürger und Bauern zu warden»]; «Circular Against Kriege», *MFCW*, cit., vol. 6, p. 44.

³⁸ Kevin B. Anderson, *Marx at the Margins*, Chicago, 2010.

³⁹ K. Marx, «Revue» [*«Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue»*, núm. 2., febrero de 1850], *MEW*, cit., Band 7, 1973, p. 222 [«Der chinesische Sozialismus mag sich

Prusia. La visión radical y liberal de Prusia como una reliquia «cristiano-feudal» se vio radicalmente trastornada por su subsiguiente transformación en una gran potencia modernizadora. Su surgimiento como núcleo de un Estado-nación capitalista avanzado rompió el molde anterior a 1848 de la política europea, centrado en Francia, socavando los presupuestos históricos de la generación de radicales del oeste y suroeste de Alemania. La nueva pauta de formación del Estado capitalista se desviaba de la vía familiar de la revolución burguesa y la lógica de la revolución permanente contenida en ella. Marx y Engels fueron cronistas apasionados de las revoluciones y rebeliones fracasadas de 1848-1851, y en aquel contexto desarrollaron una teoría guerracivilista del Estado. Como es bien sabido, Marx desarrolló más tarde una teoría de las relaciones sociales características, esto es, formas de valor, del modo de producción capitalista, extrayendo importante consecuencias sobre sus orígenes, tendencias a la crisis y límites a largo plazo. Sin embargo,

Lo que se ha apreciado menos [...] es que desde finales de la década de 1850 hasta el giro de la de 1870, Marx y Engels fueron testigos de una amplia oleada de derrocamientos mediante la violencia armada de estructuras políticas precapitalistas o absolutistas, no solo en Europa, sino también en Norteamérica e incluso en el Lejano Oriente. Aquel fue el periodo del triunfo del Risorgimento en Italia, de la unificación de Alemania bajo Bismarck, de la victoria del norte industrial sobre el sur esclavista en la guerra civil estadounidense y de la destrucción del shogunato Tokugawa en Japón, que ha pasado a la historia como la Restauración Meiji⁴⁰.

Esta nueva pauta de formación del Estado capitalista, desplegada en tres continentes, sustituyó a la precedente de los antiguos regímenes europeos enfrentados a oposiciones burguesas que dominaba el horizonte de 1848. Ese viraje estructural solo se registró erráticamente, y a menudo en forma de dudosas valoraciones de los contendientes y sus intereses.

En cualquier caso, los socialistas que seguían a Marx y Engels pudieron captar las nuevas posibilidades políticas que esta nueva fase de formación

nun freilich zum europäischen verhalten wie die chinesische Philosophie zur Hegelschen. Es ist aber immer ein ergötzliches Faktum, daß das älteste und unerschütterlichste Reich der Erde durch die Kattunhallen der englischen Bourgeois in acht Jahren an den Vorabend einer gesellschaftlichen Umwälzung gebracht worden ist, die jedenfalls die bedeutendsten Resultate für die Zivilisation haben muß. Wenn unsere europäischen Reaktionäre auf ihrer demnächst bevorstehenden Flucht durch Asien endlich an der chinesischen Mauer ankommen, an den Pforten, die zu dem Hort der Urreaktion und des Urkonservatismus führen, wer weiß, ob sie nicht darauf die Überschrift lesen: République chinoise / Liberté, Egalité, Fraternité!»; «Review» [enero-febrero de 1850], *MECW*, cit., vol. 10, p. 267.

⁴⁰ Perry Anderson, «The Notion of Bourgeois Revolution», en *English Questions*, Londres, 1992, p. 105.

del Estado capitalista ofrecía bajo la forma de estructuras parlamentarias estabilizadas. Durante este periodo se fueron consolidando partidos obreros de masas, muy en particular en la Alemania bismarckiana, donde también se produjo el surgimiento de un nuevo potente nacionalismo con apoyo de masas que consideraba al movimiento socialista como un enemigo interno. Fue Engels quien mejor captó la escala de esa alteración a partir de 1848, pero ni uno ni otro ofrecieron una teorización general del carácter cambiante del Estado capitalista y del orden interestatal.

Cabe decir que el joven Marx exploró un problema que el Marx maduro no llegó a desarrollar: la naturaleza constitutiva de la separación de la política con respecto a la economía, de la propia estatalidad en relación con las determinaciones de la sociedad civil y las clases que acabaron configurándose a partir de esa separación y enigmática codeterminación. Esta diferenciación sociojurídica de esferas es distinta, pero a menudo se asocia con la existente entre la apropiación coercitiva [originaria] y la dependiente del intercambio al desaparecer las relaciones extraeconómicas de explotación que constituían una importante dimensión de las relaciones sociales de propiedad capitalistas. Fue sin duda apartándose de esa problemática sociojurídica de lo público y lo privado, del Estado y la sociedad civil, como Marx pudo examinar el orden interno y las leyes dinámicas del movimiento del «modo de producción capitalista», lo que sin duda fue un enorme avance, pero dejó sin aclarar la naturaleza de las formas de Estado que le correspondían.

En resumen, esa nueva concepción del modo de producción capitalista y sus «tendencias» no propició una nueva teorización del Estado y su «esfera política». Marx y los suyos reconocían en general que el escenario de la revolución permanente había dejado de ser válido en las sociedades capitalistas más avanzadas, pero para sustituirlo no se produjo ninguna teorización estratégica de una coherencia comparable.

Saliendo del laberinto

El diseño de tales horizontes estratégicos puede parecer hoy día una perspectiva muy remota, tanto tiempo después de la ruptura del movimiento obrero internacional y de la descomposición de las formaciones heredadas del mismo; pero si el mundo de la lucha de clases y las guerras civiles en el que surgió y se desarrolló este último parece ahora muy lejano, la historia del capitalismo –a lo largo y a lo ancho de todas sus vastas transformaciones– vincula claramente el presente con la época de Marx. Quizá no sea

sorprendente entonces que lo que parece una profunda crisis estructural de ese orden socioeconómico haya suscitado una nueva oleada de interés por *El capital* y el abortado borrador anterior conocido como los *Grundrisse*. ¿Hasta qué punto se entienden hoy esos formidables textos? Por su pura magnitud y variedad, existen seguramente en la historia del pensamiento pocos paradigmas comparables al corpus de sus interpretaciones, lo que también indica de por sí que hay en él algo extraviado. Aunque la posterior teoría económica de Marx, al igual que otras porciones de su obra, tiene muchos defensores y detractores, por el momento existe escaso consenso en cuanto a cuáles son sus logros y problemas fundamentales, lo que en parte proviene, probablemente, de la dispersión e incompletitud de gran parte de su propia obra: desacostumbradamente para un pensador de su estatura, buena parte de ella fue publicada póstumamente, y una porción significativa consiste en borradores y textos a medio redactar; muchos de los textos disponibles desde hace décadas simplemente no se leen, lo que es comprensible dado que los perfiles del sistema coherente al que se supone que pertenecen son difícilmente evidentes.

Porciones enteras de su pensamiento se convierten a veces en *terra incognita*, debido a los cambios en el panorama intelectual. La primera generación de lectores de Marx, tratando de dar sentido al laberinto en el que se estaban moviendo, establecieron los nodos y tópicos de la subsiguiente tradición intertextual de interpretación, que, como mucho, tenía un sentido vago e inconexo del proyecto como totalidad, y un tenue control de la lógica de sus desacostumbrados métodos de conceptualización. Parece que Engels era consciente de su limitada comprensión de lo que estaba editando, y hay pocos indicios de que Kautsky o Bernstein avanzaran mucho en aquella espesura. La siguiente generación de intelectuales marxistas simplemente desconocía la amplitud de las obras no publicadas de Marx. La acuciante necesidad de formular una estructura doctrinal para la teoría marxista llevó al establecimiento de un esquema que ofrecía una apariencia de transparencia, con sus propios métodos de lectura selectiva. Hoy día queda poco de aquella sensación antigua de omnicomprensión. La actitud más típica es que algunas porciones familiares de la obra ofrecen la clave para el resto, que puede entonces ser ignorado sin peligro. Otra suposición común es que la mayor parte de ella se puede descartar como irrelevante, o incluso que quizá sea infinitamente abierta e «indecidible». La posibilidad de que pueda darse una reconstrucción de ese material en un sistema capaz de resolver los problemas que han afrontado sus intérpretes desde un principio se ha desvanecido, excepto entre los dogmáticos incapaces siquiera de comprender sus enormes dificultades.

El capital de Marx se configuró mucho después de la desintegración de los mundos intelectuales de la economía política clásica y la filosofía hegeliana que habían compartido su apogeo durante la década de 1820. El contexto en el que los conceptos heredados del valor adquirirían su nuevo significado, nunca del todo articulado en los textos de Marx, se había ya desvanecido. Marx fue uno de los protagonistas de la disolución de la escuela hegeliana, y más tarde se vio obligado a reconstruir la historia de la economía política hasta su culminación en el fracaso de la teoría del valor-trabajo de Ricardo para resolver los problemas que se había planteado. En primer lugar y ante todo, esto atañía a las relaciones entre el valor, así entendido, con la determinación de los precios y la distribución de los ingresos (renta, beneficio y salarios) y con la pauta a largo plazo de la acumulación. Su caracterización de los esfuerzos de los ricardianos para explicar los fenómenos en términos de conceptos cuyo significado se había perdido expresa una vívida premonición del destino posterior de su propia obra:

En el maestro, lo que es nuevo y significativo se desarrolla vigorosamente entre el «abono» de las contradicciones a partir de los fenómenos contradictorios. Las propias contradicciones subyacentes atestiguan la riqueza del fundamento vivo a partir del cual se desarrolló la propia teoría. Algo diferente sucede con el discípulo. Su materia prima ya no es la realidad, sino la nueva forma teórica en la que el maestro la ha sublimado. Es en parte *el desacuerdo teórico de los adversarios de la nueva teoría* y en parte *la relación a menudo paradójica de esa teoría con la realidad* lo que le empuja a tratar de refutar a los primeros y a eludir esta última. Al hacerlo se enmaraña él mismo en contradicciones y con su intento de resolverlas representa el comienzo de la *desintegración de la teoría* a la que se adhiere dogmáticamente⁴¹.

¿Qué Marx?

Los problemas y la estructura de la teoría económica del Marx maduro no pueden ni siquiera examinarse adecuadamente sin entender hasta qué punto se aleja de las premisas de su anterior crítica de la economía

⁴¹ K. Marx, *Theorien über den Mehrwert*, cit., p. 80 [«Bei dem Meister [David Ricardo] entwickelt sich das Neue und Bedeutende mitten im “Dünger” der Widersprüche, gewaltsam aus den widersprechenden Erscheinungen. Die Widersprüche selbst, die zugrunde liegen, zeugen von dem Reichtum der lebendigen Unterlage, aus der die Theorie sich herauswindet. Anders mit dem Schüler [James Mill]. Sein Rohstoff ist nicht mehr die Wirklichkeit, sondern die neue theoretische Form, wozu der Meister sie sublimiert hat. Teils der theoretische Widerspruch der Gegner der neuen Theorie, teils das oft paradoxe Verhältnis dieser Theorie zu der Realität spornen ihn zum Versuch, die ersten zu widerlegen, das letzte wegzuerhären. Bei diesem Versuch verwickelt er sich selbst in Widersprüche und stellt mit seinem Versuch, sie zu lösen, zugleich die beginnende Auflösung der Theorie dar, die er dogmatisch vertritt»]; *Theories of Surplus Value*, cit., p. 85.

política, con su diáfana concepción del capital y la ley de su acumulación. En un extenso estudio posterior ofreceré una reconstrucción de aquélla. Entretanto, pueden ser útiles algunos pensamientos preliminares sobre la importancia de la concepción marxiana de la historia y el futuro del capital, y más concretamente sobre qué concepción específica. Desde la crisis financiera de 2008 se ha evidenciado que la economía mundial está atrapada en un largo ciclo de estancamiento, que alterna depresiones, burbujas e intentos de estabilización. La creciente fortuna de los más ricos en estas turbulencias, lejos de expresar ninguna vitalidad del capitalismo, parece ser una de las señales más llamativas de su disfunción. Está ahora claro que una repetición de los acontecimientos de aquel año –perspectiva que nadie podría descartar– podría poner fácilmente en movimiento rupturas políticas y realineamientos ideológicos que descompondrían la pauta del *statu quo* posterior a la Guerra Fría, llegando incluso a derrumbarla.

Aunque en este momento parece improbable que esas convulsiones que apuntan actualmente puedan derruir de repente sus principales bastiones, las rebeliones de diversa y opuesta orientación política asumirán proporciones más amenazantes si las circunstancias se deterioran. En ese contexto, viejas corrientes marxistas pueden experimentar renacimientos localizados y es probable que surjan otras nuevas, pero no lo es que unas u otras recuperen la forma original del marxismo como doctrina orientadora de un movimiento internacional.

Marx nunca abandonó el horizonte revolucionario de su perspectiva político-intelectual en el examen de 1848, aunque en sus estudios económicos omitiera totalmente su discurso característico con respecto al Estado y la revolución. Además, ese compromiso con la buena y vieja causa a lo largo de la penosa década posterior demostró ser precoz en el mejor sentido de la palabra. La Comuna de París reveló el potencial de la vieja problemática para nuevos desarrollos y mantuvo abierto ese horizonte para otra era. Desde entonces, el ímpetu del joven Marx –el abolicionismo revolucionario– ha vuelto a aparecer en cada gran rebelión posterior, desde las Revoluciones Rusa y China hasta el anticolonialismo o el ciclo de luchas estudiantiles y obreras que precedieron al auge del neoliberalismo.

Habrà quien piense que esa era de grandes luchas políticas es cosa del pasado, y difícilmente cabe contar con la reactivación de sus dimensiones e ímpetu subjetivo. Aun así, Fredric Jameson ha sugerido que incluso si nunca volviéramos a vivir aquella época heroica, su marxismo podría volver a existir para nosotros como lo hicieron los escritos de los

historiadores de la antigüedad para Maquiavelo: como un pasado clásico, un canon de textos sobre las guerras civiles y la fundación y destrucción de comunidades políticas, con consecuencias galvanizadoras para gente muy diferente de tiempos posteriores. El surgimiento de un nuevo cuerpo de textos revolucionarios que reanuden y renueven esa vieja tradición demostraría que esa gran antigüedad sigue teniendo actualidad y no es solo un vestigio de Internacionales remotas, objeto únicamente de investigación archivística posideológica.

Pero hay todavía otros aspectos en los que los escritos del joven Marx podrían servir para entender mejor el momento histórico contemporáneo de creciente turbulencia económica global. Como vimos, Marx se esforzó por extraer las consecuencias de la separación entre Estado y sociedad civil, articuladas primeramente por Hegel, hasta sus últimas consecuencias: el desencadenamiento de una ley de acumulación que multiplicaba inexorablemente las filas de los proletarios pauperizados hasta llevar al estallido de la guerra civil. Presuponía que la separación del Estado con respecto a la sociedad civil desencadenaba una acumulación de capital implacable destinada a prevenir los rendimientos decrecientes y el peligro de un estado estacionario mediante la concentración de la propiedad, cavando su propia fosa como consecuencia de la polarización social y la miseria absoluta.

La posterior concepción de Marx de la naturaleza del capital y su ley de acumulación era fundamentalmente diferente de esta, pero también implicaba una expansión continua, aunque concebida de otro modo: ahora la reproducción de las relaciones sociales capitalistas dependía de oleadas de inversión para reducir costes y ahorrar trabajo, pero también de niveles de empleo que generaran ingresos y excedentes capaces de sostener ese proceso; un difícil equilibrio que a largo plazo podría conducir al desempleo permanente a una escala cada vez mayor. Podría decirse que la situación histórica actual es a la vez una prolongación y una circunvolución estructural de ese proceso, resultantes de la ausencia de materialización de nuevas fases de acumulación. La desaceleración de la acumulación capitalista –contrarrestada mediante la financiarización públicamente subsidiada, descomunales niveles de deuda y atroz agravación de la desigualdad– ha llevado a una transformación estructural en la que las «leyes del movimiento» están fallando. La determinación subyacente por el valor del sistema de precios está siendo distorsionada por los efectos de los propios esfuerzos realizados por las principales potencias

para mantener a flote el sistema y se aparta de sus configuraciones anteriores con escasas perspectivas de un regreso a «tiempos normales».

Lo que se sigue de esto podría explicarse en términos de la lógica del dualismo y la inversión que encontramos en el joven Marx. En el curso de este estancamiento prolongado, el orden clásico de determinación entre el sector público y el privado está experimentando una inversión de larga duración en la que la propia oposición comienza a aclararse. Marx pensaba que el capitalismo daría lugar a una socialización del proceso productivo, lo que efectivamente ha sucedido de una forma inesperada. La socialización se ha desarrollado, empero, no a través de la creciente escala de la producción industrial, sino, por el contrario, a través del largo ascenso de una infraestructura social y material cada vez más costosa sostenida por los poderes públicos –desde la sanidad y la educación hasta el banco central– de la que ha llegado a depender la fortuna de la economía organizada en torno al beneficio. Ni el joven Marx ni el maduro anticiparon muchas de las características históricamente específicas de este panorama económico mundial, pero el primero no se habría sorprendido por la multiplicación de la deuda y el estancamiento de los salarios en su centro, sin solución a la vista. En las economías más avanzadas vuelve a oírse la campana de la miseria, aunque dentro de un nivel tal de desarrollo que nadie, durante el periodo aquí considerado, habría creído posible que el capital pudiera organizar.

Y finalmente, las perspectivas del capitalismo tardío están amenazadas por peligros ecológicos de proporciones incalculables. El malthusianismo de los límites naturales al crecimiento que Marx acabó refutando ha vuelto a aparecer ahora en nuevas formas. Aunque esto tiene poco que ver con las infames e imaginarias leyes de la población de la vieja ciencia sombría, el hecho de que en el planeta vaya a haber pronto más de diez mil millones de seres humanos complica la teorización de los límites del sistema capitalista. Por mucho que tarden en manifestarse sus contradicciones estructurales «internas», ningún sistema que sea tan incapaz de llevar a la práctica la colosal escala de planificación social requerida para satisfacer ese inminente reto puede considerarse viable. ¿Cuánto sobrevivirá el capitalismo en su fase declinante y qué es lo que nos espera tras él? Las probabilidades relativas de los destinos alternativos de esa transición –socialismo o barbarie– dependerán del resultado de las luchas sociales durante el siglo XXI. ¿Podrán prescindir de una política inspirada en el espíritu del joven Marx?